

Hojitas de Fe

Vigilad, orad, resistid

250

II. Defensa de la Fe

Demostración racional de la existencia de Dios

Una de las verdades más negadas en nuestro tiempo, y que por lo tanto más nos distingue como católicos, es *la existencia de Dios*, tal como la inteligencia la deduce a partir de las cosas. «*Sabemos que Dios existe, porque nuestra razón nos lo demuestra y la fe lo confirma*», enseña el Catecismo Mayor de San Pío X. Lo cual hace que la existencia de Dios pase a ser para nosotros una *verdad evidente*, y por lo tanto objeto de verdadera *ciencia*. Examinemos las pruebas de este aserto, tanto reveladas como racionales.

1º La Sagrada Escritura afirma la demostración racional de la existencia de Dios.

En dos de sus textos mayores, la Sagrada Escritura nos enseña que Dios puede ser conocido a partir de la creación, e increpa la enorme ceguera en que incurren quienes se niegan a reconocer al Autor en sus obras.

• **Libro de la Sabiduría.** «*Vanos por naturaleza son todos los hombres en quienes había ignorancia de Dios, y no fueron capaces de conocer, por las cosas buenas que se ven, a Aquél que es, ni, atendiendo a las obras, reconocieron al Artífice; sino que al fuego, al viento, al aire ligero, a la bóveda estrellada, al agua impetuosa o a las lumbreras del cielo los consideraron como dioses, señores del mundo. Que si, cautivados por su belleza, los tomaron por dioses, sepan cuánto les aventaja el Señor de éstos, pues el Autor mismo de la belleza fue quien los creó. Y si fue su poder y eficiencia lo que les dejó sobrecogidos, deduzcan de ahí cuánto más poderoso es Aquel que los hizo; pues de la grandeza y hermosura de las criaturas se llega, por analogía, a contemplar a su Autor... Y si tanta ciencia llegaron a adquirir al indagar el mundo y las cosas que en él existen, ¿cómo no lograron primero descubrir a su Señor?*» (Sab. 13 1-9).

• **Epístola de San Pablo a los Romanos.** «*Lo que de Dios se puede conocer, está en ellos [los Gentiles] manifiesto: ya que Dios se lo manifestó. Porque lo invisible de Dios, desde la creación del mundo, se deja ver a la inteligencia a través de sus obras: su poder eterno y su divinidad, de forma que son inexcusables. Pues, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, antes bien se ofuscaron en sus razonamientos, y su insensato corazón se entenebreció; jactándose de sabios, se volvieron estúpidos, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible por una representación en forma de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos, de reptiles.*

Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón..., a ellos que cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez del Creador, que es bendito por los siglos. Amén» (Rom. 1 19-25).

De estos textos se deducen dos cosas: • la primera, que a partir de los efectos (que en este caso son las cosas creadas) podemos conocer la causa, y no cualquier causa, sino **una causa proporcionada** a los efectos (y que en este caso es Dios); • y la segunda, que este conocimiento tiene para nuestra inteligencia **toda la fuerza de una evidencia** (la evidencia de que las cosas, especialmente cuando revisten una perfección determinada –un cuadro, una escultura–, postulan necesariamente la existencia de un autor: «*Más lo pienso, y menos imagino, que haya reloj y no tenga relojero*», decía el mismo Voltaire), de manera que su ignorancia nos haría inexcusables.

2º Las vías o pruebas racionales de la existencia de Dios según Santo Tomás de Aquino.

A partir de la evidencia mencionada, Santo Tomás formula varias vías según las cuales la inteligencia humana, partiendo de las criaturas, se eleva hasta Dios. Vamos a exponerlas del modo más sencillo posible.

1º La más popular de las vías, por ser la más accesible al sentido común de todo hombre, es la **demostración por el orden del mundo**. Nuestra inteligencia comprueba continuamente que el mundo, y cada uno de sus seres, obra según un orden admirable: tanto el cosmos, como los animales y plantas, a pesar de estar todos ellos desprovistos de inteligencia, obran intencionalmente, esto es, en orden a un fin determinado, y eso no alguna que otra vez, sino siempre o constantemente. El orden que de esto se sigue no es un orden impuesto desde fuera, sino un orden intrínseco, que hace que cada cosa obré según tendencias impresas en su propia naturaleza, y que por lo tanto sólo el autor de la naturaleza pudo grabar en cada ser. Por consiguiente, es necesario postular la existencia de una inteligencia que imprime en cada cosa las consignas y leyes que la hacen obrar de forma tan constante en vistas de ese fin. Y a esa inteligencia le damos el nombre de Dios.

2º De ahí pasamos a una segunda vía, la de **los grados de perfección** que hay en las cosas. Nos damos cuenta de que en las cosas no sólo hay orden, sino también bondad, belleza, sabiduría, veracidad, nobleza y otras perfecciones semejantes. Ahora bien: • por una parte, ninguna cosa halla en sí misma la razón de su propia bondad, belleza o nobleza, señal de que la reciben de otro; • y, por otra parte, esas perfecciones revisten distintos grados según las cosas, señal de que participan de algo o alguien que reúne esas mismas perfecciones en grado sumo. Y así hay algo que es bueno, bello, veraz y noble en grado sumo; y a ese tal llamamos Dios.

3º Mas no sólo no pueden las cosas dar razón de sus perfecciones, sino tampoco de su propio ser: es la vía de **la contingencia de los seres**. En efecto, advertimos que todas las cosas, así como existen, podrían no existir: • todas, tarde

o temprano, se destruyen o mueren, señal de que no tienen el ser por sí mismas; • si así es, en algún momento no existían aún, pues no vemos cómo podrían haber existido siempre, y dejar luego de existir en un momento dado (sólo podrían haber existido siempre de tener en sí mismas la razón de su ser, y entonces no podrían dejar de existir; y si dejan de existir, es que, no teniendo en sí mismas la razón de su existencia, fueron producidas en el ser por alguien otro en algún momento dado, y así no existieron siempre). Ahora bien, un orden de seres contingentes, que no puede explicar por qué existe pudiendo no existir, postula necesariamente, en última instancia, la existencia de un ser necesario, que encuentra en sí mismo la razón de su existencia, que no puede no existir, y que produjo el ser de las cosas que no existían todavía. Y a ese tal llamamos Dios.

4º Una cuarta vía se saca del **movimiento o cambio de los seres**. Vemos continuamente que nada se mueve, ni nada se produce o cambia, si no hay alguien al principio de ese movimiento, producción o cambio (así, para que un niño venga a la existencia, hacen falta padres que lo engendren; para que alguien aprenda, hace falta un profesor que ya sepa lo que el alumno debe aprender; para que algo se caliente, hace falta algo ya caliente de hecho, como el fuego; para que algo se mueva –como una flecha, una pelota de fútbol, una bala–, hace falta algo que lo impulse). Vemos también que, en esa producción, movimiento o cambio, hay toda una serie de causas intermedias, vinculadas unas con otras en relación de dependencia (un hombre viene de otro hombre, un árbol de otro árbol, un calor de otro calor, una vida de otra vida, etc.). Ahora bien, como no sería posible proceder al infinito en esta serie de causas, pues de no haber una primera, no habría un primer impulso que explicara todo el proceso de movimiento, cambio o producción, necesariamente hemos de llegar a una primera Causa que está al origen de todo, sin ser causada ella misma; y a esa tal llamamos Dios.

Resumiendo: todo en nuestro mundo es una seguidilla de efectos que se halla sujeta a una serie de causas que comunican el ser, las variadas perfecciones, el movimiento, el orden; y toda esta serie de causas postula, para existir, la existencia de una primerísima Causa, sapientísima, perfectísima, inmutable, que existe por Sí misma y comunica a las cosas el ser y el movimiento que tienen, y sus distintas perfecciones. Y esa primerísima Causa es Dios.

3º Otras pruebas racionales de la existencia de Dios.

Además de las vías expuestas por Santo Tomás, hallamos dos pruebas más de la existencia de Dios, esta vez de orden moral. Expongámoslas.

1º Prueba fundada en **el testimonio de los pueblos**. Es un hecho que en todo tiempo y en todo lugar los pueblos, así bárbaros como civilizados, antiguos como modernos, han creído en la existencia de Dios. Lo prueban los templos, altares, sacrificios y exvotos que se encuentran por todas partes en la antigüedad, entre los griegos y los romanos, los asirios y los persas, los judíos y los egipcios, etc., y como lo han probado los Anales de las Misiones de la Iglesia, cuyos misione-

ros encontraron siempre, en todas partes, la creencia en Dios. Es verdad que la gran mayoría de estos pueblos erraron respecto de Dios, al sustituir el Dios verdadero por unos ídolos; pero no por eso dejaron de sentir la necesidad de reconocer a un Ser superior.

Ahora bien, este consentimiento tan unánime y universal entre hombres de todos los países y de todos los siglos, de costumbres y temperamentos distintos y separados por inmensos espacios de tiempo y de lugar, no puede ser efecto de un convenio arbitrario; no puede provenir sino de una luz que ilustra a todos los hombres y que Dios ha impreso en nuestra alma con unos caracteres tan marcados, que no escapan al hombre más rudo y simple. En otras palabras, una creencia tan universal no puede achacarse a error; y, por consiguiente, es un testimonio de la existencia de Dios.

«Echad una mirada sobre la faz de la tierra. Es posible que descubráis en ella ciudades sin muros, sin letras y sin magistrados; pueblos sin edificios suntuosos, sin profesiones fijas, desconocedores de la propiedad y del uso de la moneda, y aun en completa ignorancia de las bellas artes; pero no hallaréis un solo pueblo que no tenga la noción de la divinidad» (PLUTARCO).

2º Prueba fundada en *el testimonio de la conciencia*. Tenemos una percepción íntima de la ley grabada en nosotros por el Creador, en la voz de la conciencia, la cual nos da a conocer de antemano el bien y el mal, nos reprende si obramos mal, nos felicita y alienta si obramos bien, y nos advierte que seremos castigados o recompensados según nuestras obras. Esta voz que nos instruye o remuerde, este juez que enjuicia nuestros actos, no somos nosotros; es la voz misteriosa de una ley que conculcamos u observamos con nuestros actos. Ahora bien, toda ley supone un legislador: y ese legislador misterioso que aun en lo más secreto del corazón hace sentir su reproche a quien se rebela contra él, es el que conocemos con el nombre de Dios. Así dice San Pablo:

«Cuantos sin ley [de Moisés] pecaron [los gentiles], sin ley también perecerán; y cuantos bajo la ley pecaron [los judíos], por la ley serán juzgados; que no son justos delante de Dios los que oyen la ley, sino los que la cumplen... En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley [de Moisés], cumplen naturalmente las prescripciones de la ley..., para sí mismos son ley; como quienes muestran tener la realidad de esa ley escrita en sus corazones, atestiguándolo su conciencia, y los juicios contrapuestos de condenación [si obran mal] o alabanza [si obran bien]» (Rom. 2 12-15).

Es verdad que algunos apenas sienten ninguna clase de remordimiento cuando obran mal; pero esto se debe a que, con la multiplicación de sus culpas, han ahogado la voz de su conciencia, y ya no la oyen a fuerza de desoírla. No la han extinguido del todo, sin embargo, como lo prueba el hecho de que la mayoría de ellos sienten todavía los reproches del remordimiento cuando se ven próximos a la muerte.